

EL TEATRO

COLECCIÓN DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS

LA ESTATUA ECUESTRE

BOCETO EN UN ACTO Y EN VERSO

ORIGINAL DE

DON ENRIQUE GASPAR



MADRID
FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR
(Sucesor de Hijos de A. Gullón.)
PEZ, 40.—OFICINAS: POZAS, —2—2.º

1890

PUNTOS DE VENTA

En casa de los corresponsales y principales librerías de España y Extranjero.

Pueden también hacerse los pedidos de ejemplares directamente al EDITOR, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.

A-Caj. 111/5

R
81749

LA ESTATUA ECUESTRE

OBRAS DEL MISMO AUTOR.

- CORREGIR AL QUE YERRA..... Comedia en un acto, original
en verso.
- EL ONCENO NO ESTORBAR..... Id. en un acto, id. id.
- LA ESCALA DEL MATRIMONIO.. Id. en tres actos, id. id.
- CANDIDITO. (Tercera edicion.) Id. en un acto, id. id.
- NO LO QUIERO SABER (2.^a ed.) Id. en un acto, id. id.
- ¡POBRES MUJERES! (5.^a ed.) Id. en un acto, id. id.
- EL PIANO PARLANTE..... Id. en tres actos, id. id.
- EL SUEÑO DE UN SOLTERO.... Id. en un acto, id. id.
- MONEDA CORRIENTE..... Id. en tres actos, id. id.
- CUESTION DE FORMA..... Id. en tres actos, id. id.
- EL JUGADOR DE MANOS..... Comedia en tres actos arre-
glada del francés.
- LAS CIRCUNSTANCIAS..... Id. en tres actos y en prosa,
original.
- LA CHISMOSA..... Id. en tres actos y en verso,
original.
- LA LEVITA. (Segunda edicion.) Id. en tres actos, en prosa,
original.
- DON RAMON Y EL SEÑOR
RAMON..... Id. en tres actos, en prosa,
original.
- LA CAN-CANOMANÍA..... Sátira en un acto.
- LOS NIÑOS GRANDES..... Comedia en tres actos, en prosa,
original.
- EL ESTÓMAGO..... Comedia en tres actos, en prosa,
original.
- ATILA..... Drama en tres actos, en verso,
original.
- EL OSO PROSCRIPTO..... Comedia en tres actos, en prosa
original.
- LA NODRIZA..... Comedia en dos actos, id. id.
- LAS SÁBANAS DEL CURA..... Boceto en un acto, id. id.
- LA RESURRECCION DE LÁZARO. Juguete cómico en dos actos
y en prosa.
- ADMINISTRACION PÚBLICA... Boceto en tres actos y en verso
- PROBLEMA..... Comedia en tres actos, en prosa
- AMOR Y ARTE..... Drama en tres actos, en prosa.
- LA LENGUA..... Comedia en tres actos, en prosa
- LA GRAN COMEDIA..... Comedia en tres actos y en
prosa.
- LOLA..... Comedia en tres actos y en
prosa.
- LAS PERSONAS DECENTES.... Comedia original en tres ac-
tos y en prosa.
- LA ESTATUA ECUESTRE..... Boceto en un acto y en verso.

LA ESTATUA ECUESTRE

BOCETO EN UN ACTO Y EN VERSO

ORIGINAL DE

DON ENRIQUE GASPAR

Estrenado con extraordinario éxito en el TEATRO PRINCIPAL de Cadiz
la noche del 7 de Febrero de 1890
por la compañía que dirige don Miguel Cepillo.



MADRID
IMPRESA DE JOSÉ RODRIGUEZ
Atocha, 100, principal.

—
1890

PERSONAJES

ACTORES

CARMEN.....	DOÑA	CONCEPCIÓN CONSTAN.
ROSA.....	»	MARÍA PARDIÑAS.
LUIS	DON	EMILIO THUILLIER.
FRASQUITO.....	»	MANUEL ESPEJO.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados representantes de la Galería Lírico-Dramática, titulada El Teatro, de DON FLORENCIO FISCOWICH, son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

ACTO ÚNICO

Estudio artísticamente decorado de un escultor.

ESCENA PRIMERA

CARMEN, vestida de luto, y con el traje en desorden, entra por el fondo apoyada en el brazo de LUIS, que lleva puesta su blusa de taller. Á poco, ROSA, por la primera de la izquierda.

- LUIS. (Llamando.)
Despacito, ¡Juana, Rosal
criaturas más reácias.
- CARMEN. No llame usted: á Dios gracias
no lo merece la cosa.
- LUIS. (¡En mi casa esta mujer! (Con júbilo.)
¡Yo sueño!) Aquí hay una silla.
¿Se hizo usted mal?
- CARMEN. La rodilla
me duele un poco.
- LUIS. ¿Sí? ¿Á ver?
- CARMEN. ¡Cómo!
- LUIS. Tiene usted razón.
Dispense usted la imprudencia.
He dicho una impertinencia
con la más sana intención.
Pero estas gentes malditas

me harán echar los pulmones.
¡Rosa! ¡Aquí! ¡fuego, ladrones!

CARMEN. ¡Qué ocurrencia!

ROSA. (Por la primera de la izquierda.)
¡Cómo gritas!

LUIS. ¡Pues grito hace un cuarto de hora
como uno á quien se desuella!

ROSA. ¡Calle! ¡Una señora!

LUIS. (Aparte á Rosa.) ¡Es ella!

ROSA. ¿Quién es ella?

LUIS. Ésta señora.

ROSA. (Aparte.) ¡Quedo enterada!

LUIS. A ver, tú,
haz té, mientras la otra chica
va volando á la botica
por bálsamo de Tolú,
vendas, árnica.

CARMEN. Y si hay modo

de concederme esa gracia,
que me traigan la farmacia
con los estantes y todo.

No molestarse, aunque yo
lo agradezca, como es justo:
tropecé, me llevé un susto,
se ha pasado y se ha acabó.

LUIS. Eso ya es hacer derroche
de valor raro, ejemplar.
Usted llama tropezar
á tirarse de su coche.

ROSA. ¿Cómo?

LUIS. Figúrate tú,
que trabajando en el grupo
en que hace tiempo me ocupo
de Jezabel y Fehú,
estaba yo en el taller
—aunque huelgue este detalle,—
cuando oigo ruido en la calle,
cerrar puertas y correr.
Salgo, por si es una riña
prestar mano á la pareja,
y un hijo grita: «esa vieja,»
y una madre: «aquella niña.»

Hasta que miro á otro lado
y el pánico me expliqué,
viendo llegar un cupé
con el tronco desbocado,
sin freno, y sordo á la tralla,
que al herir los pedernales,
trepidaba los cristales
con un fragor de metralla.
De pronto dobla la esquina,
y una mujer, sin cautela,
forzando la portezuela
se arroja de la berlina.
Dos dedos más, sólo dos,
y se estrella en la pared.
Señora, nos vive usted
por un milagro de Dios.

ROSA. Es verdad: fué una imprudencia
que pudo usted pagar cara.

CARMEN. Si esfe señor relatara
los hechos con más conciencia,
ni los hubiera alterado,
ni hiciera á mi miedo ultraje.
Yo me arrojé del carruaje
porque estaba ya parado.

LUIS. No.

CARMEN. Si tal. Y se paró
con asombro de la gente,
porque un joven imprudente,
que era usted, y á quien ví yo,
casi hizo un cuarto de legua
con detalles que suprimo,
colgado como un racimo
del pescuezo de una yegua.
Luego, si á ser me consagro
fiel en cuanto referí,
sólo usted es el que aquí
nos vive por un milagro.

ROSA. Ese rasgo es digno de él;
bien mereces que te abrace.

LUIS. Calla, tonta: si eso lo hace
cualquier mozo de cordel.

ROSA. ¡Tienes el alma más bella!...

- LUIS. Basta. Es ella. (Aparte á Rosa.)
ROSA. (Aparte.) Ya me abrumba.
(Á Luis.) Pero, ¿quién es ella en suma?
LUIS. No sé, pero sé que es ella.
Conque haz tila muy cargada,
no demos luégo lugar...
CARMEN. Hombre, no quiero tomar
absolutamente nada.
LUIS. (Aparte, contemplándola.)
Salvo su ademán resuelto,
es una Virgen del Sarto.
CARMEN. ¿Puede usted prestarme un cuarto?
LUIS. Señora, no tengo suelto.
CARMEN. ¿Juega usted con el lenguaje?
LUIS. ¡Yo sólo juego al billar!
CARMEN. Un cuarto en qué reparar
el desorden de mi traje.
LUIS. ¡Ah! Sí. Un tocador, ya sé.
CARMEN. Para prenderme una horquilla
y mirarme esta rodilla.
LUIS. Aquí mismo: yo me iré.
ROSA. Si á usted le basta con este
del modelo...
(Señalando la primera de la derecha)
CARMEN. Qué bonito.
LUIS. Pues vamos.
CARMEN. No, no permito
que ninguno se moleste.
Si algo falta, llamaré
si no abuso.
LUIS. Usted sin tasa,
manda en jefe en esta casa.
CARMEN. Muchas gracias.
(Vase por la primera de la derecha.)
LUIS. No hay de qué.

ESCENA II

LUIS y ROSA

- LUIS. Dame un abrazo, dos, tres...
ROSA. Hombre, me haces daño: ¿sueltas?

- LUIS Sí, para dar cuatro vueltas
 y un par de brincos después.
 Si supieras la alegría
 que me inunda y me rebosa...
 Yo no quiero hablar en prosa
 cuando vivo en poesía.
- ROSA. ¡Vamos! Tú te sientes mal.
- LUIS. Al contrario.
- ROSA. ¿No estás loco?
- LUIS. No.
- ROSA. ¿Ni peneque?
- LUIS. Tampoco.
- ROSA. ¿Y enamorado?
- LUIS. Cabal.
 De una mujer que descuella
 sobre todas las mujeres.
 De ella.
- ROSA. Ya sé; ¿pero quieres
 decirme al fin quién es ella?
- LUIS. No lo sé: basta que exista.
 ¿No saludo á más de un hombre
 de quien ignoro hasta el nombre?
 Pues bien; la amo así, de vista,
 desde aquel día bendito
 que, en la calle de la Abada
 la encontré, yendo apoyada
 del brazo de su abuelito.
 Ver su rostro angelical,
 y tropezar contra un poyo
 cayéndome en el arroyo
 tendido como un costal,
 fué todo uno, simultáneo
 como el grito que ella dió,
 temerosa de que yo
 me hubiera abierto allí el cráneo.
 La muchacha, diligente,
 soltó el brazo del abuelo,
 y á alzarme vino del suelo
 con ayuda de la gente.
 Y entre el *gracias: no hay de qué,*
 y el *pudo haberse estrellado,*
 cada uno echó por su lado



viéndome sano y en pié,
sin que en dos años ó más,
que han pasado en avalancha,
desde que hice aquella plancha
la haya encontrado jamás;
hasta hoy, que de esa mujer
conociendo ya los trazos,
corrí á ahogar entre mis brazos
el ridículo de ayer.

Si viene algún comprador,
ó que se vaya, ó que aguarde,
porque lo que es esta tarde
se la consagro al amor: (Dándole dinero.)
ya sé que hablo como un loro.
Desde que la vi la adoro,
y desde que entró la huelo.

Parece, al verla tan guapa,
que hasta luz su rostro irradie.
Rosa, hoy no estoy para nadie,
aunque venga á verme el Papa.

ROSA. Pero no des esas voces,
y dime, si hablas de veras,
¿cómo es posible que quieras
á quien apenas conoces?

LUIS. Las simpatías y las...
los organismos y los...
¿No amas tú también á Dios
y no le has visto jamás?

ROSA. ¡Calla!

LUIS. El símil es horrendo.
En fin, te diré en resumen,
que ella es la musa y el numen
de cuantas obras emprendo.
La Paz, mi estátua que encierra
mi gloria y mi porvenir;
esa Paz que va adquirir
el ministro de la Guerra,
por la cual tengo el placer
de que hable la prensa de hoy
con un aplauso que estoy
muy lejos de merecer,
¿qué es, dime, sino su cara,

- que de ese numen al soplo
vino á asomarse á mi escoplo
y á esculpirse en el Carrara?
- ROSA. Es verdad: ¡qué parecida!
la recuerdo. ¡Es su retrato!
- LUIS. Pues no la ví más que un rato.
- ROSA. Nada, á casarte en seguida.
- LUIS. Como el caso aún me da tregua,
voy á llegarme al extremo
de la calle, porque temo
que he extrangulado una yegua.
- ROSA. ¡Jesús!
- LUIS. Y no maté el par,
porque no lo pude asir.
Entre matar ó morir,
es claro, opté por matar.
Mientras yo vuelvo, en su asilo
tenerme esa mujer á raya;
mira que, como se vaya,
cuando vuelva te fusilo,
(Vase por el foro de la derecha.)

ESCENA III

ROSA y á poco FRASQUITO

- ROSA. ¡Excelente corazón!
Pero, si Luis no está loco,
le falta, á mi juicio, poco
para perder la razón.
El caso es original.
- FRASQ. ¿Se puede entrar?
- ROSA. Adelante.
- FRASQ. (Mirando la estatua.)
¿Esto es casa, ó catedral?
- ROSA. No es iglesia, no señor.
- FRASQ. ¡Ni sacristía!
- ROSA. Ni nada.
Es simplemente la entrada
del taller de un escultor.
- FRASQ. ¿Vive aquí un don Luis Navarro,
natural de Pontevedra,

que hace los niños de piedra
y las vírgenes de barro?

ROSA. Justo.

FRASQ. ¿Y están todos buenos?

ROSA. Sí.

FRASQ. Me alegre.

ROSA. También yo.

FRASQ. ¿Es usted su esposa?

ROSA. No.

FRASQ. ¿Su criada entonces?

ROSA. Menos.

FRASQ. Pues ya no sé qué acomodo
quede en la casa, á no ser
que usted sea una mujer
de esas que están para todo.

ROSA. Basta: que ni sufro excesos,
ni permito que sospeche...
Luis es mi hermano de leche.

FRASQ. Yo tuve un hermano de esos,
y un día, bajo palabra,
no habiendo otra cosa á mano,
nos comimos á mi hermano;
mi nodriza fué una cabra.
¿Y ese don Luis, es soltero?

ROSA. Soltero.

FRASQ. ¿Y joven?

ROSA. Mi edad.

FRASQ. Pero, ¿muy feo, verdad?

ROSA. ¡Para mi gusto, un lucero!

FRASQ. ¿Sin ninguna imperfección,
como faltarte diez muelas,
ser cojo ó tener viruelas?

ROSA. ¡Pero hombre, qué preguntón!

FRASQ. No es por afán de saber,
que no tengo ese prurito.
Lo juro, á fe de Frasquito
Rodríguez y Moliner.

ROSA. ¡Cómol! ¿Usted Frasco? ¿Tú? (Con asombro.)

FRASQ. Sí.

ROSA. ¡Qué cambiado!

FRASQ. ¡Cosa rara,
porque esta es la misma cara

que saqué cuando nací!
Y tú, ¿quién eres?

ROSA. ¡Ingrato!

Rosa.

FRASQ. ¿Rosa? Si estoy lelo,
¡señor, ni las rosas huelo!
Tengo perdido el olfato:
¡yo que te lloré por muerta!

ROSA. ¡Trapalón!

FRASQ. (Abrazándola.) Aprieta, hermosa.
Te dejé en capullo, Rosa,
y hoy te encuentro rosa abierta.

ROSA. ¡Burlarte así de mi afecto!
¡No dar de tu vida indicio
desde que fuiste al servicio!

FRASQ. Rosa, el hombre no es perfecto.
Pero no hice de tí mofa.
Te escribí desde Mahón
pintándote un corazón
más grande que una alcachofa.
Y en fin, basta de reproches.
¿Se rompieron nuestros lazos?
Pues se encolan los pedazos,
á casarse, y buenas noches.

ROSA. ¿Cómo?

FRASQ. ¿Te asusta el remedio?

ROSA. No.

FRASQ. ¿Me quieres?

ROSA. ¡Bien lo ves!

FRASQ. Pues nada, dentro de un mes
á quitar eso de en medio.

ROSA. Pero, ¿á qué imprevisto azar
debo el encontrarte aquí?

FRASQ. Pues lo vas á saber.

ROSA. ¿Sí?

FRASQ. Si lo quieres escuchar.
Yo estoy ahora de intendente
en casa de una mujer,
que es viuda de un brigadier
del que en vida fuí asistente.
Hombre con muermo y con tos
que se casó por ser rico,

teniendo setenta y pico
y ella sólo veintidós.
Y es claro, al año cabal
de efectuado el casamiento,
tuvo un reblandecimiento
de la médula espinal,
del que se murió después
como se apaga un velón,
dejándome una pensión
de siete duros al mes.

ROSA. ¿Sí?

FRASQ. No aplaudas hasta el cabo,
pues falta para acabar
el rabo por desollar,
y Rosa, verás qué rabo.
Esos cuartos que percibo,
son á condición forzosa
de que impida que su esposa
se case, estando yo vivo.
Pero como es joven, rica,
muy guapa, alegre de cascos
y no le hace al amor ascos,
nunca falta un pez que pica.
Y aunque recurro á mil tretas,
me paso serios disgustos.
Yo no estoy ya para sustos
de treinta y cinco pesetas.
ROSA. Y tu venida al taller
es acaso...

FRASQ. Otra emoción.
Fuimos á la exposición
de Bellas Artes ayer,
y después de estar un rato
viendo aleluyas, la fátua
me dice al ver una estátua:
—mira, la Paz, mi retrato.—

ROSA. ¡Cómo! ¿Es tu señora?

FRASQ. ¡Qué!
Ni por pienso: una tontera:
si es una mujer cualquiera
sin medias y sin corsé.
Pero me encargó á destajo

que inquiriera, por favor,
el nombre del escultor
para encargarle un trabajo.
Y vengo á su casa, Rosa,
para pedirle una cita,
pues quiere mi señorita
que le haga, no se qué cosa.

ROSA. Dios te deja de su mano.

FRASQ. ¿Por qué?

ROSA. Porque á quien él ama...

FRASQ. ¿Quién?

ROSA. Mi hermano: es ella, tu ama.

FRASQ. Voy á comerme otro hermano.

Lo más prudente, es que yo
le diga que él está fuera.

ROSA. Si vino.

FRASQ. ¿La brigadiera?

Pues entonces... *dominó.*

ROSA. ¿Qué te importa, majadero?

Calla. ¡Es ella!

FRASQ. ¡Qué mujer!

Suplantar á un brigadier
con un mal picapedrero.

ESCENA IV

DICHOS, CARMEN; á poco LUIS

CARMEN. ¿Tú aquí? ¡Pobre! ¡Qué disgusto!
Sin duda algún imprudente
te ha contado el incidente...
no fué nada: sólo un susto.

FRASQ. ¿Qué incidente? (A Rosa que se lo refiere.)

CARMEN. (Mirando su reloj.) El tiempo pasa
volando. Vente conmigo.
Voy á comprar un abrigo
que te llevarás á casa.

ROSA. ¿Se va usted tan pronto?

CARMEN. Sí.

ROSA. Mi hermano, que va á volver.

CARMEN. ¡Cómo! ¿Usted no es la mujer
del joven que estaba aquí?

ROSA. No.

- FRASQ. El ama que le dió el suero
fué madre de ésta.
- CARMEN. Entendido.
- FRASQ. Los dos niños se han nutrido
con caldo de igual puchero.
- ROSA. Pero haga usté el favor
de esperar. ¡Ah! Él es sin duda.
- LUIS. (Aparte á Rosa que ha ido á su encuentro.)
Se llama Carmen, es viuda:
todo lo sé.
- FRASQ. (Aparte.) ¡El escultor!
- LUIS. Dispénseme usted, señora,
si he tardado á mi pesar.
- CARMEN. No me he querido marchar,
por más que de hacerlo es hora,
sin antes darle las gracias
al hombre audáz ..
- LUIS. Me sonrojo.
- CARMEN. Que ha impedido con su arrojo
que ocurrieran mil desgracias.
No hay para hacer despilfarros
ni pago así la merced...
pero, en fin, fúmesese usted
en mi nombre unos cigarros.
(Ofreciéndole un billete de Banco.)
- ROSA. ¡Cómo!
- FRASQ. ¡Qué!
- LUIS. (Aparte.) La dicha es humo.
- CARMEN. Por las trazas le he ofendido.
- LUIS. (Titubeando.) No.
- TODOS. ¡Qué!.. (Acudiendo en su auxilio.)
- LUIS. Nada. Fué un vahido.
Gracias, señora, no fumo.
(Vase por la segunda de la izquierda.)

ESCENA V

DICHOS, menos LUIS

- CARMEN. He debido cometer
alguna imprudencia atróz.
- FRASQ. No señora.

ROSA.

Si.

FRASQ. (Aparte.) Una coz
de caballo de alquiler.

ROSA. Mi hermano, es un caballero
rico.

CARMEN. Mi error tiene excusa:
como lo ví con la blusa,
lo tomé por un obrero.
Pero es algo montaráz.

FRASQ. (Ap.) Si le tiran un guijarro...

CARMEN. ¿Su nombre?

ROSA. Don Luis Navarro.

CARMEN. ¡Cómo! ¿El autor de la Paz?

FRASQ. (Ap.) ¡La Paz! Ahí está el busilis.

CARMEN. ¿Es este el famoso artista?...

ROSA. Que retrató á usted de vista.

FRASQ. No le remuevas la bilis. (Aparte á Rosa.)

ROSA. Que de su coche al encuentro
se lanzó, al reconocer
el rostro de la mujer
á quien ama y que iba dentro.

CARMEN. ¿Que me ama?

FRASQ. (Aparte.) ¡Ya hace botijos!

ROSA. Hace dos años ó más.

FRASQ. (Aparte á Rosa.)
Cállate, que le estás
quitando el pan á tus hijos.

CARMEN. Se ha enfadado y con razón.

¡Si soy lo más aturdida!

Yo quiero verle en seguida
para pedirle perdón.

Que venga. Llámele usted.

(Vaso Rosa por la segunda de la izquierda.)

FRASQ. (Ap.) ¡Y se va de parlamento!

Pues señor, llegó el momento
de poner piés en pared.

CARMEN. Y tú, serio, como un poste,
que ves que me hundo y me atasco,
te quedas tan fresco, Frasco,
sin decir oste ni moste. (Pasa á la izquierda.)

FRASQ. ¿Cómo quiere usted que oyera,
si estaba meditabundo



reflexionando que un mundo
como este, lo hace cualquiera?
Estoy como al que un sopapo
le pegan en las narices.

CARMEN. Pero, habla claro: ¿qué dices?

FRASQ. ¿Verdad que don Luis es guapo?

CARMEN. Mucho.

FRASQ. Pues bien, sus hechizos
son un infundio.

CARMEN. ¿Y qué es eso?

FRASQ. Que no hay en su boca un hueso:
tiené los dientes postizos.

CARMEN. ¿Qué?

FRASQ. Y de la frente á la nuca,
todo está más liso y llano
que la palma de la mano;
la mata aquella, es peluca.

CARMEN. ¡Jesús, qué horror!

FRASQ. Y aún suprimo
más detalles.

CARMEN. ¿Sí?

FRASQ. De peso.

La que se case con eso,
señora, se lleva un timo.

CARMEN. ¡Tan buen mozo!

FRASQ. Es un bromazo.

CARMEN. Vienen.

FRASQ. Usted, como viuda.

(Ap.) La he partido á esta viuda
por mitad del espinazo.

ESCENA VI

CARMEN, FRASQUITO, ROSA y LUIS sin blusa,
y elegantemente vestido.

CARMEN. No hallando para mi error
una disculpa precisa,
juzgo que tomar á risa
mi imprudencia, es lo mejor.

LUIS. (Dándole la mano.)

Y aun rcgarle á usted quisiera

que sobre el particular,
no volvamos á mentar
ni una palabra siquiera.

CARMEN. Corazón noble, de artista.
Justamente desde ayer
busco ocasión de tener
con usted una entrevista:
y ya que al azar la encuentro,
si un instante sus quehaceres
lo permiten...

LUIS. Rosa, ¿quieres
dar una vista por dentro?

ROSA. Ven, Frasquito.

FRASQ. ¿Yo?

CARMEN. Sí, ve.

ROSA. Consuele usted al que llora.
(Aparte á Carmen.)

FRASQ. (Á Luis, aparte.)
Haga usted que mi señora
no esté mucho rato en pié.

LUIS. ¡Cómo! ¿Por qué?

FRASQ. Porque es malo
para su afección maldita.

LUIS. ¿Qué afección?

FRASQ. La pobrecita
tiene una pierna de palo.

LUIS. ¡Qué horrible!

FRASQ. (Aparte.) Estocada á fondo.
(Alto á Luis.)

Pues nada: un grano que tuvo
se le enconó, y al fin hubo
que cortársela en redondo.

LUIS. ¡Tan bonita!

ROSA. Conque, vaya,
ven tras de mí y á buen paso.

(Vase por la primera de la derecha.)

FRASQ. (Ap.) Los dos solos... por si acaso,
me quedaré de atalaya.

El que en Junio el campo aladre
para plantar ajos porros,
no suda como ahora á chorros
suda el hijo de mi madre.